

Notas bibliográficas

***O juremos con gloria morir. Historia de una Epica de Estado;*
de Esteban Buch, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.**

E. Buch es un joven autor nacido en 1963. La primera versión del libro que comentamos, fue premiada en 1992 por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Semejante antecedente predispone favorablemente a la lectura. Más precisamente, se trata de la segunda predisposición favorable, siendo que los datos recién consignados se ubican en la solapa del libro, pues el primer gran impulso a su lectura deviene del mismo título.

Buch, que posee una escritura precisa, ha sabido cincelar con las breves frases de título y subtítulo el contenido de su libro: *O juremos con gloria morir. Historia de una Epica del Estado*. Inmediatamente nos imaginamos su objeto, es decir, la reconstitución histórica de los avatares por los que una melodía y una frase combinadas llegan a golpearnos tan hondamente como lo hace ésta y abrir nuestra curiosidad acerca de cómo esta íntima vibración ha venido a ser un resultado vibrante en nosotros de la presencia estatal.

El volumen está dividido en tres secciones. En la primera parte, La invención, su objeto está constituido por la textualidad del himno y por las maneras en que el incipiente estado argentino busca darse a sí mismo una canción patriótica. En la segunda sección, La modulación, nos informamos sobre las biografías de sus autores y las modalidades de difusión del canto colectivo hasta los años '30. Finalmente, en la tercera sección, La inscripción, nos lleva desde Uriburu a Charly García. Hay también un Epílogo.

Nos valemos de estas separaciones para presentar mejor su contenido. Para el desarrollo de cada una de estas secciones, el autor adopta diferentes modalidades. En La invención hay un extendido análisis de las coyunturas de la emergencia del himno. Ello incluye la revisión de la documentación por la que la Asamblea impone la composición y ejecución de la canción patriótica, junto con sus precedentes y/o eventuales competidoras, pero también un recorrido por la coyuntura más amplia de emergencia de esta canción y su peculiar juramento, que nos lleva a Francia, a la Revolución del '89 y a la fundación del estado moderno.

Pensamos que en esta sección se halla lo mejor del libro, en lo que hace a su manera de concebir el problema. Buch, familiarizado con la moderna historiografía que desde hace más de una década intenta bucear en el horizonte de las representaciones simbólicas el fundamento de muchos fenómenos de la construcción social, ha sabido aplicar con rigor e inteligencia tal conocimiento. La inspección de sus notas no revela muchos nombres extranjeros (apenas M. Ozouf, B. Richard, R. Cotte) pero a juzgar por los buenos resultados podemos sospechar de algunas otras lecturas, especialmente acerca de los dispositivos simbólicos en sociedades del Antiguo Régimen. Los capítulos "Nueva pompa del antiguo simulacro" y "Roma, París, Buenos Aires" permiten al lector menos informado tomar acabada cuenta de los cambios que se operan en la constitución escénica del poder.

La invención del himno argentino es resultado, según expone Buch "de un nuevo

régimen de la emoción". Será así posible una transformación de los hombres en héroes por medio de un ritual típico de la revolución: el juramento. *O Juremos con gloria morir* "sella el pacto de pertenencia total del individuo al nuevo poder" que retribuye con la gloria.

Sobre el final de esta sección, el análisis del poema como "tiempo de la nación" y de su música como "espectáculo de la nación", tienen gran interés. La agradable pluma de Buch, que ha anticipado en artículos periodísticos los resultados de su indagatoria, alcanza aquí sus mejores momentos. "En el comienzo eran los sentidos" gritos de libertad y de guerra, visiones de la igualdad, aunque "la igualdad republicana elige el trono para manifestarse". La marcialidad sonora y su ímpetu parecen disolverse en "vivamos", deteniendo el tiempo; "la alternativa de no morir destruye la inexorabilidad del ritmo de la guerra. Hasta que de pronto renace para el juramento de la muerte".

En la segunda sección, La modulación, tenemos la sensación de hallarnos frente a un libro de historia más clásico. Se abre con las respectivas biografías de López y Planes y de Parera, para las que Buch parece apoyarse primordialmente en anteriores historiadores del himno y la música argentinos. El relato comienza a cobrar interés nuevamente a partir del capítulo destinado a rastrear los avatares de la canción patriótica entre el fin de la guerra de Independencia y Caseros. Los siguientes apartados, "Hacia la historia oficial", "Imágenes del Centenario", y muy especialmente "La batalla de la tradición", nos narran cómo fue reconstruida una música, cómo su letra fue reordenada, y las polémicas que todo ello importó. En estos capítulos, el trabajo de Buch nos aporta información valiosa. Un cuidadoso tratamiento de fuentes editadas y una prolija reconstrucción de los debates acerca del sentido de lo tradicional y lo innovador en esta materia, nos proveen, un tanto inesperadamente, de material fresco para pensar algunas relaciones entre la opinión pública, el periodismo y el poder, en el período radical.

En la tercera sección, La Inscripción, nos hallamos frente a un tercer estilo: el ensayo. En rápido desfile pasamos la década infame y el peronismo ("El sable corvo"), los distintos elencos militares desde 1955 al Proceso ("El dolor de la Historia"). En "Ronda", el silencio de "Las madres de Plaza de Mayo" será el índice de comprensión del vaciamiento simbólico del Himno, como efecto de la "fractura de la identidad nacional bajo el terrorismo de Estado" y de los intentos de su recomposición poética y política. Finalmente, Maradona y Charly García "próceres de la Argentina de 1990" sólo podrán asirse fugazmente al himno. Si bien no pueden desdeñarse algunos de los apuntes de Buch sobre este período, nos parece se hace sentir una falta de cuidado erudito, en comparación con la segunda sección, y que tampoco se alcanza la penetración analítica lograda en la primera parte, probablemente por la dispersión de los objetos y períodos apuntados. "Himno dicen todos, salvo las madres o los anarquistas. Himno dicen juntos aun quienes se excluyen recíprocamente del seno de la Nación". Esta frase, del Epílogo, resume el contenido de la tercera sección.

En síntesis, el libro de Buch nos parece un muy saludable aporte a la comprensión y a la reflexión sobre ingredientes claves de nuestra cultura política. Correcto en casi todos los casos, si pudiéramos preferir un libro diferente, éste habría hecho una narración más erudita y detallada del período posterior al golpe del '30. Por supuesto que nadie tiene por qué compartir estas preferencias nuestras, especialmente su autor, pues siempre podrá decir con razón, a nosotros y a todos, que sería un gran avance en nuestra revisión de los rituales patrióticos para su urgente resignificación (o abandono), que el texto llegara a las manos de unos cuantos maestros y profesores de música.

El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista;
de Maristella Svampa, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 1994.

La aparición, dentro de la colección La Cultura Argentina, del volumen de Maristella Svampa se nos ocurre no ha de pasar inadvertida entre los estudiosos. *Civilización o Barbarie* es un antagonismo demasiado caro al sistema de las representaciones simbólicas argentinas, a nuestra cultura política y a nuestra historia, en los términos más generales, para no llamar a la curiosidad.

La extensa obra es resultado de la reelaboración de una tesis doctoral que la autora presentara en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Su factura erudita resulta percible a primera vista. Una larga lista de referencias bibliográficas junto a una presentación que afortunadamente ha incluido las notas al pie de página, hacen posible que cualquier lector curioso de conocer mejor las razones de los dichos de la autora, o que desee extender por sí mismo las indagaciones que le provoque la lectura, pueda fácilmente satisfacer estas inquietudes.

Afirmar esto último y pensar en un público "académico" como lector, pueden parecer sinónimos. Y esto debe ser explicado. Si la dicotomía "Civilización o Barbarie" -sostiene la autora y no podemos menos que acordar con ella- ha influido durante más de un siglo en la vida política y cultural de la Argentina, bien podría pensarse que los convocados a su lectura sean justamente las figuras activas del mundo político y cultural. Pero, en la Introducción se señala que antes que a comprender las razones de la influencia de dicha dicotomía, la obra intenta "hacer 'hablar' en la historia esta imagen, verla 'trabajar' en los diferentes espacios, con el objeto de aprehender algo esencial sobre la sociedad argentina" y ello creemos que le confiere al trabajo una modalidad contundente de argumentación, con momentos de énfasis teóricos bien subrayados, que lo alejan decididamente de la clase de ensayo que podría resultar más digerible a un público no profesional. Veamos, entonces, como hablan, en la Universidad de los '90, *Civilización o Barbarie*.

La trama del libro está explicada igualmente en la Introducción. "La Argentina es un país que tiene cuatro grandes tradiciones políticas: una tradición política democrática que comienza con Yrigoyen y se prolonga, una tradición populista-democrática que encuentra su expresión más completa en Perón, una tradición política liberal que marca el nacimiento de la república moderna, y una tradición política autoritaria desde 1930". Así mapeado el sistema de referencias políticas de la Argentina contemporánea, los alternativos usos de la oposición *Civilización-Barbarie* serán inventariados en sucesivos capítulos.

Una primer parte, "Aproximaciones a la historia de una imagen" nos informa brevemente sobre los orígenes europeos del modelo etapista que luego tan felizmente se difundiera entre nosotros; a continuación se exploran otras adaptaciones latinoamericanas de la fórmula. La sección se cierra con un capítulo dedicado a Sarmiento. Entre los señalamientos iniciales se incluye la consideración del carácter combativo de su escritura y en consecuencia los rasgos productores de poder contenidos en la misma. Facundo producirá imágenes dicotómicas que lo sucederán largamente. Desde un punto de vista, diríamos metodológico, subrayamos igualmente la invitación a "leer el Facundo" que contiene este capítulo y que apunta a recuperar una pluralidad de dimensiones en la obra del sanjuanino; pluralidad que Sarmiento mismo ha contribuido a aplanar en la "imagen-shock" de *Civilización o Barbarie*, por eso para Svampa "leer el Facundo es separarse de las lecturas rígidas, negar de entrada la presentación como dicotomía irreductible, para

profundizar las relaciones reales que se establecen detrás de la enunciación de una oposición". Dos comentarios sobre esta afirmación. En primer lugar, que la restitución a Civilización-Barbarie de su pluralidad significante hace que el dilema cobre una forma ambigua, o mejor dicho, plurimorfa que dará paso a sucesivas reapropiaciones del invento en el siglo veinte. También, que se nos introduce a una manera de leer. Esta manera crítica de la lectura, que apunta a separar niveles y conceptos y que se propone no detenerse ante "lo evidente" en la producción del sentido, alentará todo el recorrido del texto.

A partir de la segunda parte, la autora nos va llevando cronológicamente por las inicialmente identificadas tradiciones políticas locales, en un amplio muestrario de usos y re-usos durante casi cien años de historia argentina. Esta segunda sección, con el título "Primeros dilemas de la Argentina Moderna" cubre entre el ochenta y la Primera Guerra Mundial, cuando la dicotomía cobra un nuevo sentido: "el inmigrante deviene clase peligrosa real y de allí configura la imagen de una nueva barbarie", de manera que los intelectuales del Centenario harán su propia operación sobre la noción de barbarie y ruralismo construida por Sarmiento. La revalorización del gaucho y la elevación por Lugones del Martín Fierro a mito nacional en 1913, constituyen el hito cronológico que cierra este apartado. Las conclusiones precisan que la "Civilización comienza a ser asociada no tanto al progreso como a la tradición", y ello enfatiza el poder de la imagen sarmientina, no obstante que la lectura del Facundo derivará de "vertiente integracionista a imagen legitimadora de un sistema socio-económico, y más tarde lectura culturalista del campo político".

La tercera parte lleva el título "De las "cuestiones de estilo" a la "lectura idealista" y comprende de los años 1916 a 1940. La primera expresión, cuestiones de estilo, según Svampa busca "poner de relieve el sentido que cobró la retórica reaccionaria desplegada contra Yrigoyen", especialmente su carácter populachero. La dicotomía es nuevamente resignificada y el radicalismo, para plumas como las del periódico La Fronda, es "el espejismo del malón". También para los socialistas es consigna de la hora "impedir el predominio de los elementos indígenas". Yrigoyen devendrá en el último caudillo. El golpe posterior y la política del fraude patriótico desplegarán una nueva virtualidad de la dicotomía Civilización-Barbarie. "La Civilización como imagen que había ocupado un lugar central en el dispositivo simbólico, comienza a abandonar la escena del presente y del futuro y se convierte en nostalgia conservadora.

La parte más jugosa de la sección, la constituyen, empero los capítulos que se ocupan del campo intelectual y de la ensayística del "ser nacional". En cuanto al campo intelectual en cinco ejes que incluyen al Revisionismo Histórico, a la reflexión sobre la tradición radical, al nacionalismo y sus vínculos con el revisionismo. Finalmente el análisis se detiene sobre rasgos anti-intelectuales de este último movimiento, que termina siendo caracterizado como "lectura idealista" de la historia. "Los revisionistas presentan la primera asunción clara, consciente y sistemática de la representación simbólica de un país dividido. Encarnan así el costado de la barbarie valorizada positivamente". Pero esta lectura del pasado es también efecto de la reelaboración y constante utilización de la imagen sarmientina, "la lectura idealista apunta a restablecer el relato unitario de dos entelequias", lo que no hace sino subrayar mejor la apuntada centralidad sarmientina en la provisión de una imagen simbólica de larga duración.

Cierra la sección, el tratamiento del Ensayo sobre el "Ser nacional". Allí se identifican tres hombres y tres obras: Scalabrini Ortiz y su *Hombre que está solo y espera*, Mallea e

Historia de una pasión argentina. Finalmente Martínez Estrada y *Radiografía de la pampa*. Un tanto curiosamente, a nuestro ver, Scalabrini es descartado de una revisión más en detalle por no ser sus imágenes incluíbles "en un esquema de oposición diádica". Martínez Estrada y Mallea reciben un análisis de mayor cuidado. Para el primero, su teoría de una Argentina doble, "aparece en el plano de las representaciones culturales, como una ilustración de la lucha entre Civilización y Barbarie". Para Mallea, en cambio, la Civilización (la Argentina invisible, profunda) se ha vuelto puro espíritu en su carácter centrípeto; la barbarie, en su carácter centrífugo, se abandona a la promiscuidad de nuevas formas culturales". La conclusión de este apartado viene a plantearnos una comparación entre Sarmiento y los intelectuales de 1852 que edifican una fórmula analítica que es también una forma de construir el nuevo poder, y los intelectuales de los años, en sus distintas vertientes igualmente incapaces de acercarse al poder. "El mito del intelectual político marcó sin duda a esos hombres, y poco importa, en efecto, si se identificaron con la Civilización o la Barbarie: en ambos casos buscaban ser hombres de poder". No obstante la agudeza de sus perspectivas, nos parece posible apuntar que esta conclusión tropieza con dificultades a la hora de dar cuenta de la totalidad del período seleccionado, pues sus reflexiones, por cierto convincentes, se centran en la experiencia pos-Yrigoyenista.

La última sección lleva el título "Perón, peronismo y antiperonismo". A diferencia de las anteriores, no se señalan aquí una cifra de años que permitiría encerrar al período. Este apunte en sí no tiene demasiada importancia. Más allá de que estuvieran o no indicadas las cifras siempre sabemos que el sentido de un período resulta de postular analíticamente aquello de lo que depende su unidad. Si, no obstante lo señalamos, es porque nos permitimos ver en su ausencia, algunas de las dificultades presentes en la organización del material por Svampa. Inmediatamente antes señalamos que su unidad 1916-40 era difícilmente abarcable. Digamos que, en todo caso, de los tres períodos identificados solamente el primero puede ser apreciado como una unidad nítida.

Las maneras de resolver este problema podrían ser diversas. Por comenzar con la más sencilla, agregar más partes haría completamente ociosa esta observación; por ejemplo, hacer del período Radical una unidad en sí. Pero pensamos que tal vez esté de por medio aquella cuádruple identificación de tradiciones políticas (enumeradas en un no-orden cronológico) con las que M. Svampa abre su libro. De todas estas tradiciones, hemos podido ver que el análisis de aquella que fuera identificada como "Tradición política liberal que marca el nacimiento del país", resulta el más acabado desde el punto de vista lógico. Por la unicidad de su abordaje, la cuarta sección, destinada al peronismo se le parece. Hay, otra vez, aquí un campo nítido (empero la ausencia de fechas) que comienza en 1943 y termina con la izquierda nacional en los primeros años setenta.

Sin embargo, la cuarta sección parece formar parte de otro libro. Comienza por reseñar una discusión del sentido populista (o no) del estado peronista, que resulta algo inesperado. Ello aporta a este apartado unos aires de teorización lingüística y sociológica que no resultaban tan evidentes en las secciones anteriores. El título de algunos capítulos puede dar una idea de la diferencia con lo anterior: "El modo de apropiación heterorreferencial de la barbarie" y "El modo de apropiación autorreferencial de la barbarie". La fórmula dicotómica habría servido para reagrupar a las fuerzas alrededor de nuevas nociones de civilización y barbarie. Concluye Svampa que "la defensa de una cierta imagen de civilización no sería más poder civilizador sino sólo violencia represiva. Y la imagen de una barbarie revalorizada como Actor unitario de la historia tomaría más brío.

Una conclusión general, a manera de resumen, cierra el extenso volumen. Saludamos su aparición, la tenacidad e inteligencia que lo hicieron posible y nos reiteramos en la convicción que nos dará de pensar por un buen tiempo.

E.H.

***El cuerpo de la muerte*; de Horacio Rosatti,
Rubinzal-Culzoni Editores, Santa Fe, 1994.**

La aparición de *El cuerpo de la muerte* continúa expresando las múltiples inquietudes intelectuales del autor, que entre otras conocidas funciones, ocupa la cátedra de Ciencia Política en la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral. Con anterioridad ha dado a conocer trabajos sobre otros temas que podrían pensarse más de su especialidad, pero entre sus antecedentes éditos se incluye un *Frankenstein 1999*, que incluso por su formato puede pensarse como precedente del título que ahora nos ocupa.

La variedad de las curiosidades del autor se encuentran de algún modo "expuestas" en la dedicatoria de la obra que por un lado distingue "a quienes sufrieron torturas o persecución por defender ideales democráticos" y luego particulariza nueve "topos" difícilmente clasificables, casi la famosa enciclopedia borgeana, que incluye los paloborrachos de la costanera santafesina, Boca Juniors, Fritz Lang y Rembrandt. De alguna manera, todas ellas parecen ligarse, al menos es lo que Rosatti nos induce a creer, a la factura de este libro.

Comenzamos entonces a leer una obra donde resalta nitida la primera persona del singular. No porque el yo sea mencionado en una escritura, que prefiere prudentemente el nosotros, sino porque el complicado sistema de símbolos que la inaugura solo puede tener esa precaria unidad que hoy resulta el desvelo de la teoría literaria, la unidad del autor.

Yendo al libro, la centena de páginas que lo compone, está integrada por tres secciones, la primera referida al cuerpo, la segunda a la muerte y la tercera al cadáver. Una ilustración cuidadosamente escogida, realza la presentación del volumen. En cuanto a su contenido, la sección del cuerpo, se abre con un ensayo acerca de las percepciones del cuerpo y de la vida en la tradición occidental. Se establecen comparaciones entre la historia del pensamiento, la historia de la pintura y, menos previsiblemente, una "historia de los humanoides". Este capítulo de los humanoides, que incluye figuras medievales, pero sobre todo las figuras creadas por el cine de este siglo, son evocadas a propósito de la identificación de tres modelos de concepción del cuerpo (Cerrado, Abierto mecánico y Abierto "humano") que concuerdan con los identificables historiográficamente.

Un segundo capítulo indaga acerca de la forma y la sustancia de dos particulares imágenes del cuerpo: la sombra y el espejo, con ejemplos que, otra vez, son tomados

primordialmente del cine y la literatura.

La siguiente sección acerca de la muerte, se abre con un ensayo, diríamos, más técnico: "Qué es morir?", sobre todo basado en la jurisprudencia que debe decidir respecto a cuándo el cuerpo ha muerto. Un segundo capítulo, "La inmortalidad" nos reinstala en el clima de deliciosa diletancia de la primer sección. Tres inmortalidades, la del sonámbulo, la del vampiro y la del recuerdo son desparejamente tratadas, con amplio beneficio de la inmortalidad de los vampiros donde ahora vemos confundirse la pasión del cinéfilo, del lector ávido y del jurista.

El apartado final se vuelve sobre el cadáver, el cadáver de Cristo, o el cadáver de Guevara en tanto objeto "antisimbólico", y reitera alguno de los temas y las opiniones de las secciones anteriores. Pensar sobre la muerte en Argentina no es un oficio sencillo. Toda una serie de trágicas historias de nuestra vida política reciente no hacen sino subrayarlo a cada paso. Esas muertes están aludidas aquí, oblicuamente, desde la dedicatoria, pues bien sabemos que primeros entre todos los que sufrieron tormentos y persecución están los desaparecidos, aquellos que provocan entre sus deudos y amigos, y en toda la opinión democrática, una profunda conmoción, la de sus cuerpos ausentes. Como decíamos, hablar de la muerte no es demasiado fácil. Y Rosatti no sólo ha hablado sino que además ha tomado la pluma para referirse a la muerte. El resultado es una mezcla de erudición y lugar común. Siempre agudo, la mirada sobre la muerte de Rosatti es también un signo de que podemos empezar a hablar de un pasado sobre el que el silencio no logra exorcizarlo.

E.H.

La Investigación sociocultural. Crítica de la razón teórica y de la razón instrumental;
de Héctor Vázquez, Biblos, Buenos Aires, 1994.

Siete capítulos integran esta obra:

El capítulo 1 procede a delimitar el campo de la ciencia y comienza el análisis de las diferencias entre ciencias físico-naturales y sociales.

El capítulo 2 enfoca, ya específicamente, la construcción crítica del conocimiento en las ciencias sociales. Se trata del capítulo más extenso de la obra, y, también el más complejo, porque es ahí donde se tratan algunas de las cuestiones decisivas de la epistemología actual de las ciencias sociales y es el lugar donde el autor fija su posición propia, que caracteriza como "perspectiva histórica-crítica". No sé si es el capítulo más importante, pero sí puedo decir que es el que más me ha llamado la atención. Y no porque los demás no enfoquen cuestiones muy importantes y muy debatidas entre los especialistas.

Así, el capítulo 3, por ejemplo, que encara el tema del símbolo y donde Vázquez toma

posición con relación a las diferentes teorías hermenéuticas. O el capítulo 4, sobre la racionalidad y la respectiva toma de posición con respecto a Habermas. O el capítulo 5, sobre los problemas de la investigación disciplinar e interdisciplinar, una problemática poco teorizada entre nosotros, donde se formulan sugerencias sensatas y agudas. O el capítulo 6 sobre método y técnicas alrededor de un diseño concreto de investigación. O, finalmente el capítulo 7, donde hallamos la posición del autor sobre la llamada metodología de la investigación participativa o de la investigación-acción.

Vuelvo a la afirmación anterior, la de que es el capítulo 2 el que más me ha llamado la atención, y digo brevemente por qué.

Allí trata Vázquez, por de pronto, la ardua cuestión sobre la incidencia de los juicios de valor en la construcción de la teoría sociocultural. Distingue entre, por un lado, ciencias fácticas naturales y lógico formales, en las cuales los juicios de valor se pondrían únicamente de manifiesto en la instrumentalización del conocimiento teórico y no en su confección, y por otro lado ciencias sociales, donde los juicios de valor inciden tanto en su utilización como en las categorías a través de las cuales se organiza la teoría. Y esto, dice el autor, porque "en razón de la inserción del científico social en una clase determinada, o dentro de un sector social dentro de ella, las valoraciones ideológicas (juicios de valor), sus simpatías y antipatías, sus prejuicios, inciden de un modo no consciente en las construcciones teóricas de la ciencia social". (págs. 38-39)

El autor emplea como herramienta teórica en este caso, pero también continuamente para enfocar los demás problemas de la epistemología de las ciencias sociales, la idea sobre "la diferente relación entre sujeto/objeto". (pág. 39) Dicho de otra manera: la ciencia natural y la lógico-formal mantienen una relación de exterioridad con su objeto, en tanto que en la ciencia social el investigador se encuentra inserto dentro de su objeto de estudio.

¿Hay unidad metodológica entre ambos grupos de ciencias? se pregunta Vázquez. He aquí otra de las grandes cuestiones larga y apasionadamente discutidas. El autor dice: "Si por método entendemos el llamado 'método científico' cristalizado en el método hipotético-deductivo o un sistema rígido que recorte como científico lo que entra dentro del modelo newtoniano de la ciencia... afirmamos que no." Y continúa "Si por el contrario utilizamos el concepto de método en función de los criterios para elaborar categorías, establecer principios generales más amplios, controlar la mayor o menor veracidad de las construcciones teóricas y los criterios de integralidad a marcos referenciales más amplios, entonces los procedimientos lógicos son los mismos." (pág. 39)

También se refiere Vázquez al viejo debate sobre la dicotomía comprensión/explicación, a la que califica como "una falacia epistemológica", (pág. 57) un debate que fue "tal vez impulsado en buena medida por la decadencia del paradigma estructuralista". El autor presenta la historia de esa dicotomía, desde Vico, y, sobre todo, desde el romanticismo alemán, hasta llegar a Dilthey con su conocida distinción entre *Erlären* y *Verstehen*, con la cual se ha martillado la cabeza de generaciones enteras de estudiantes, sobre todo en los países de la periferia, y contra la cual entre nosotros ya en los años '50 reaccionara Germani mostrando cómo esa dicotomía era una de las principales responsables del atraso de la investigación empírica en Ciencias Sociales. Vázquez está influido en este punto por la posición de L. Goldmann, cuya actitud estructuralista -pero estructuralismo genético-trataba de combinar ambos puntos de vista, despojando a la *Verstehen* de sus implicaciones irracionistas.

Llegamos así a uno de los temas más importantes del libro, aquel donde el autor, para

"dar una respuesta eficaz al problema de la objetividad"(pág. 81) se propone elaborar "un enfoque histórico-crítico de la antropología sociocultural", y esto "siguiendo en líneas muy generales la corriente de pensamiento denominada 'dinamista' en antropología sociocultural, retomando algunas de las ideas centrales de L. Goldmann y apoyándonos en algunas formulaciones centrales de K. Marx".(pág. 80)

Ese enfoque, tal como lo propone Vázquez, se articula programáticamente a través del reexamen de varias categorías, entre las cuales me parece importante destacar una de ellas, la que el autor analiza de la siguiente manera: "En la ciencia social la 'objetividad' supone... 1. procedimientos de validación y de control epistemológico referidos a la estructura axiomática de la teoría..., 2. procedimientos de validación y de control epistemológico referidos a la plausibilidad argumentativa de las interpretaciones de sentido".

El enfoque propuesto por Vázquez incorpora con estas palabras las perspectiva representada por las teorías de la argumentación, y, también en este punto, ofrece un ejemplo de trabajo interdisciplinario fecundo, ya que dichas teorías, sobre todo la tópica y sus relaciones con la axiomática, en la línea desenvuelta en Alemania por Th. Viehweg, que es la más firme, se han originado y han sido desarrolladas en otras disciplinas de las ciencias humanas, en buena parte de la Teoría General del Derecho.

Dos ideas para terminar, una relativa al fondo y otra a la forma. En este libro, un investigador en ciencias sociales reflexiona con gran solidez y de manera actualizada sobre los temas que se plantean en toda investigación empírico-teórica, cuando esta se lleva a cabo de manera seria, sobre los interrogantes metodológicos y epistemológicos, que representan el mundo de dudas, vislumbre de certidumbres, crítica y autocrítica, y en definitiva del esfuerzo, si se quiere: de la lucha, que es constitutivo esencial también del trabajo científico.

Lucha que, por cierto, resulta mucho más dura en nuestras condiciones de subdesarrollo económico, social, cultural, jurídico y ético, y a la que rodean tantas dificultades en nuestras "ciudades grandes"(no "grandes ciudades") del capitalismo periférico, con sus específicos obstáculos epistemológicos, con su burguesía intelectual débil que oscila continuamente entre el deseo de entrar en la edad de la razón y el de seguir en el espíritu de aldea.

Vázquez sigue la línea de sus anteriores publicaciones, ha elegido el camino del planteo crítico, es decir, en lenguaje kantiano, el del examen libre y público de las cuestiones, que es uno de los elementos esenciales de la ciencia moderna. Hay que augurarle éxito.

En cuanto al estilo, la obra utiliza, en cuestiones complejas donde la jerga técnica es a veces indispensable, un lenguaje preciso. El texto expresa, con pocas palabras, un pensamiento rico. Quizás las próximas ediciones debieran descomprimir un poco el texto.

Juan Carlos Gardella

***Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*; de Fernando Devoto, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, Seminari di Storia, Napoli, 1994.**

Una recopilación de ensayos de F. Devoto centrados en el análisis de la experiencia inmigratoria italiana en Argentina ha sido publicada recientemente por el Instituto Italiano de Estudios Filosóficos de Nápoles, espacio en el cual el destacado historiador rioplatense desarrollase a comienzos de 1990 diversos seminarios destinados al estudio de las migraciones italianas a la Argentina.

Los temas abordados en esta ocasión por Devoto no parecen apartarse de las claves problemáticas que expresan el conjunto de sus intereses desarrollados a lo largo de su producción dentro del área de los estudios migratorios: las dimensiones historiográficas de las cuestiones que giran en torno a dicho campo analítico, las articulaciones existentes entre el mundo de las redes interpersonales y la construcción de identidades simbólicas dentro de marcos más abarcativos, la cuestión de la continuidad cultural y de la integración de los inmigrantes a la sociedad argentina. No constituye sin embargo este aporte de Devoto una reedición "aggiornada" de dichas cuestiones. Si en trabajos anteriores los ejes orientadores traducían el compromiso del autor con las preocupaciones comunes a la renovación problemática sostenida por los estudios migratorios durante los ochenta (y a los debates en los que dicha temática se encontraba inserta), los enfoques que guían las actuales líneas de trabajo desbordan, en más de una ocasión, las fronteras del argumento inmigratorio propiamente dicho. La actual propuesta revela en qué medida la perspectiva historiográfica implementada promueve la reflexión analítica de los modelos conceptuales y de las nuevas metodologías que asoman en el campo de los estudios de la inmigración, así como también de la construcción misma del objeto en estudio, de sus posibilidades y sus límites.

No resulta fortuito entonces el hecho de que gran parte del capítulo introductorio ("Le migrazioni italiane in Argentina: dibattiti e tipologie") se sustente en una reflexión acerca de los desarrollos historiográficos gestados tanto en el país de origen como en el de recepción alrededor del argumento migratorio. La originalidad de la perspectiva empleada por Devoto reside, en este caso, en analizar conjuntamente dos historiografías nacionales que examinan un mismo proceso a partir de preocupaciones distintas. En ese sentido, los señalamientos de Devoto acerca del espacio ocupado por el estudio del movimiento migratorio en ambos países hasta los años ochenta, resultan ilustrativos de los itinerarios que ha seguido el tratamiento de la cuestión en general y no tan sólo en el ámbito de la historiografía europea. Acertadamente, Devoto subraya en qué medida la paulatina distancia que prestara la historiografía italiana con respecto a los modelos analíticos vigentes en los sesenta y setenta, y en particular del paradigma braudeliano (cuya agenda no privilegiaba ciertamente el estudio de la emigración), el abandono de las perspectivas macro-sociales, la búsqueda de marcos interpretativos alternativos y de menor escala de observación, contribuyeron a formular nuevos modelos conceptuales para el examen de los movimientos migratorios.

Es también dentro de este marco de discusión que el autor encuentra oportuno subrayar las dificultades que presentan tanto los modelos causales como la construcción de las tipologías referentes a los procesos migratorios. El autor resume aquí, con singular precisión, los problemas que presentan las distintas categorías empleadas, ya sean

espaciales (norte/sur, nación/región, corta/larga distancia), profesionales (calificada/no calificada), temporales (estacionales o temporarias/definitivas), de Antiguo Régimen/masivas, para la modelización de procesos sociales que están lejos de conformar un modelo unitario. Una sólida ejemplificación, guiada por una perspicaz construcción argumental, sustentan los ejes del modelo interpretativo que propone Devoto: es en la diversidad misma del movimiento y de sus condiciones de posibilidad en donde debemos buscar los elementos constitutivos de su singularidad.

El segundo capítulo refleja también el peso que adquiere para el autor la discusión de las herramientas analíticas con las que se articula el quehacer historiográfico. Tal como lo denuncia en su título ("Itinerario di un problema: le reti sociali dei migranti italiani"), el autor describe críticamente los caminos por los cuales se llega a la construcción del concepto de red social, concepto cuya centralidad excede ya en la actualidad el marco específico de los estudios sobre inmigración en Argentina para integrarse a un marco mayor de renovación conceptual dentro de las ciencias sociales. Se trata de un marco que, como acierta a anotar el autor, recupera la perspectiva de los actores sociales revalorizando sus estrategias individuales y las dimensiones microsociales en las cuales se inscriben el conjunto de sus relaciones primarias.

En esta ocasión también, el planteo de Devoto logra establecer un balance entre la reflexión historiográfica y la crítica analítica del problema en estudio. Devoto establece el punto de partida de este itinerario problemático en la discusión del modelo de cadena migratoria. El concepto de cadena ocupa un espacio privilegiado dentro del campo de los estudios migratorios y el mismo constituye, como bien lo subraya el autor, una herramienta de sustancial valor analítico.

Su instrumentación, sin embargo, ha sido rodeada de no escasa ambigüedad, si se piensa sobre todo en el sistemático intercambio en el uso de dicho término y el de red social. En parte ello puede justificarse por el grado de articulación que alcanzaran el concepto de cadena y el *network analysis* promovido por la antropología social inglesa a fines de los años cincuenta. Articulación esta que se hace manifiesta incluso en la terminología de las formulaciones que los demógrafos australianos McDonald y Price establecieron en sus trabajos de la década de 1960. Sin embargo, en tanto que estos últimos jerarquizaban la noción de cadena en cuanto concepto relativo al movimiento y a los mecanismos implementados en el mismo, el concepto de red social remitiría al conjunto más amplio de relaciones interpersonales efectivas de los inmigrantes. Paradojalmente, el desliz semántico que opera entre el concepto de cadena y el de red social se traduce también de forma visible desde la metáfora que los identifica a ambos (la red y la cadena), como dos sistemas interconectados; sólo que mientras que la red es capaz de evocar un entramado plurivalente, los eslabones de la cadena sugieren en cambio una imagen por un lado menos volitiva y por el otro más limitada de las relaciones interpersonales que la estructuran.

La difusión del concepto de cadena en los estudios sobre inmigración (tanto en la Argentina como en América del Norte y otros espacios de recepción) ha dado frutos positivos en cuanto a la formulación de modelos explicativos no sólo de las características de los movimientos migratorios, sino del rol que las redes interpersonales cumplen en la experiencia de integración social de los inmigrantes. De ahí que el autor insista sobre el peso tanto de la cadena como de la red en los procesos de movilidad social, de selección matrimonial y residencial.

El ensayo de Devoto concluye con dos sugerentes análisis referidos a la construcción

de identidades simbólicas entre los italianos que arribaran a la Argentina. El primero de ellos ("Diventare italiani. Le costruzioni delle identità simboliche"), resulta a nuestro entender uno de los estudios más esclarecedores que se conozcan acerca de la construcción de identidades simbólicas. La estrategia elegida consiste, nuevamente, en recorrer primero los itinerarios y referentes intelectuales en los que se inscribe el problema para después proceder al abordaje de la experiencia italiana en el ámbito local. Devoto propone, en este caso, una discusión crítica de los modelos de análisis que sostienen el concepto de invención de la etnicidad, concepto que alcanzara amplia difusión entre los especialistas del tema a comienzos de los ochenta, pero cuyos planteos originales fueran ya discutidos en los estudios que, desde Gellner a Hobsbawm, se ocuparon de la formulación de identidades sociales. En cuanto a la segunda propuesta, el autor intenta responder a un conjunto de interrogantes vinculados a la construcción de nuevas identidades en los espacios de recepción. En particular, Devoto demuestra para el caso de la inmigración italiana temprana al Río de la Plata en qué medida los mismos sujetos sociales estaban en condiciones de contener los conflictos que se suscitan entre atribución y pertenencia, entre continuidad e invención, implementando una sofisticada y al mismo tiempo precisa crítica de las fuentes. La búsqueda de imágenes y de elementos discursivos en los cuales se manifiestan estos conflictos no se agota allí: el análisis de la construcción de identidades nacionales también incluye una revisión de las tensiones existentes entre el conjunto de los inmigrantes y los proyectos de las élites comunitarias y argentinas, desagregando al mismo tiempo las respuestas y formas de adhesión que los sectores medios y los estratos populares formularan en torno a dicha identidad.

El sugerente capítulo final, termina por complementar el examen anterior, ocupándose esta vez de los procesos de integración simbólica en el marco de la construcción de una identidad argentina, cuestión que ha sido discutida por más de tres décadas en nuestro país y que aún hoy se encuentra en el centro del debate historiográfico local. En este caso, la tarea encarada por el autor consiste en revisar el concepto de integración social desde los modelos conceptuales con que dicho proceso ha sido interpretado por la sociología argentina, y en particular, por las argumentaciones de Germani en los años sesenta. Devoto pasa aquí revista crítica no sólo al modelo de fusión de identidades (y más en general, del crisol de razas) que habría operado en el caso de la inmigración europea a la Argentina, sino también a los indicadores propuestos desde dichos esquemas: la movilidad social ascendente, la distribución residencial en los grandes centros urbanos, la diversificación socio-ocupacional. A la hora del balance, sin embargo, el autor opta por sugerir otro conjunto de argumentos con referencia a los procesos de construcción de identidades culturales, tales como el correlato existente entre prestigio social y percepción simbólica de culturas jerarquizadas/no valorizadas. En definitiva, antes que en la disolución de identidades culturales, es en el marco de una interacción plural de diversas culturas en donde se identifica la sociedad argentina inmigratoria de los años anteriores a la Primera Guerra.

Ciertamente, los estudios que ofrece Devoto en la presente publicación constituyen, tal como lo anuncia su título, un ensayo interpretativo. En ese carácter, puede conjeturarse que la obra en su conjunto deja traducir señales de nuevos tiempos en el campo de la historia de la inmigración. O bien, si se quiere, pone de manifiesto en qué medida la historiografía que se ha ocupado de los movimientos migratorios en Argentina ha dado muestras de avance tanto por sobre las preguntas que preocuparan a Germani como al

modelo posgermaniano que se ocupara de revisar sus postulados. Como parte de este momento transicional también, el trabajo de Devoto propone poner de manifiesto esta convivencia entre viejas y nuevas preguntas y sus modelos: basta recorrer la cuidada bibliografía expuesta para descubrir el eclecticismo que está en la base de los marcos conceptuales elegidos. En este sentido, la difícil pero a la vez necesaria propuesta del autor es prólogo y no conclusión cerrada, es crítica y es desafío a la vez.

Carina Silberstein

***Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*; de Waldo Ansaldi, Alfredo R. Pucciarelli y José C. Villarruel (editores), Biblos, Buenos Aires, 1993.**

Desde el título, los autores presentan el proceso histórico argentino en un marco más ambicioso, caracterizado por la opresiva marca de las dos guerras mundiales que signaron este siglo. Denso período en el que Argentina, si bien estuvo ausente del campo de batalla militar que fracturaba al mundo, no fue impermeable a esas otras batallas que se libraban en los ámbitos de la sociedad y el Estado.

En la introducción los editores aclaran el lugar de génesis de esta obra colectiva: el Área de Sociología Histórica del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); origen que no invalidó la presencia de investigaciones procedentes de otros ámbitos académicos.

El libro reúne nueve artículos ordenados en tres partes: *el sistema político*, *el debate industrialista* y *el intervencionismo social*. En la primera parte, se reúnen cuatro trabajos en los que el sistema político es revisado desde diferentes perspectivas: un enfoque que privilegia la política partidaria nacional, con una rica combinación entre las cuestiones teóricas e históricas (Waldo Ansaldi; Alfredo Pucciarelli); otro que se sitúa en el particular ángulo de una organización corporativa (Silvia Marchese); y una última perspectiva, que incorporando la cuestión regional completa el panorama del sistema político (Orietta Favaro y Marta Morinelli). En la segunda parte, *el debate industrialista* se despliega en tres artículos que recorren: el largo camino de formación de una identidad propiamente industrial (Aníbal Jáuregui); el debate sobre la economía nacional y su desarrollo futuro, que une a las corporaciones industriales con intelectuales y funcionarios gubernamentales del período radical (José C. Villarruel); y finalmente las disyuntivas planteadas en la UIA en torno a la relación mercado interno/comercio externo, frente a las alteraciones impuestas por la segunda guerra (Graciela Swidersky). En la última parte, *el intervencionismo social* adquiere presencia en los años finales de la década del 30 a partir del análisis de dos ámbitos diferenciados: el funcionamiento del Estado provincial bonaerense bajo el gobierno de Manuel Fresco (Rafael Bitrán y Alejandro Schneider), y el discurso de la revista

Hechos e Ideas, con la que el radicalismo participa del debate ideológico de esos años de confrontación bélica internacional (Alberto Piñeiro).

En la primera parte del texto, W. Ansaldi ("¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930") presenta al sistema político argentino como un entramado de mediaciones entre la sociedad civil y el Estado dominado por la bifacialidad: la mediación partidaria y la mediación corporativa, siendo la primera la más débil. Para constatar su afirmación analiza tres problemas interrelacionados: la relación partido/clase; la extensión geográfico-social de cada partido; los partidos y la mediación entre la sociedad civil y el Estado. Destaca que no existe una correspondencia exacta entre partido y fracturas de clase, puesto que la conciencia de movilidad prevalece sobre -y desplaza a- la conciencia de clase, por esto la composición policlasista de los partidos. Por otro lado, la limitación de la ampliación de la democratización -por la exclusión como electores de los habitantes de los territorios nacionales, de los extranjeros y de las mujeres- pone en discusión el alcance nacional de los partidos. Por último, durante las gestiones radicales la relación sociedad civil/Estado se expresa a través de la articulación partidos/Parlamento, pero existe otra mediación que gana importancia: el canal corporativo; y además la democratización del sistema político no es simétrica con la cultura política, que manteniendo una praxis propia del régimen oligárquico como la captura de votos, debilita la relación partidos/Parlamento.

Continuando con una línea de desarrollo teórico-histórica, A. Pucciarelli ("Conservadores, radicales e irigoyenistas. Un modelo -hipotético- de hegemonía compartida, 1916-1930") aborda el proceso político no guiándose por el enfoque clásico de alternancia/oposición entre instauración democrática y restauración oligárquica. En busca de contactos entre esos mundos sin aparente contacto, recurre al régimen político como ámbito en el cual se establecen las condiciones para la acumulación del poder y donde juegan los diferentes elementos constitutivos de aquellos mundos. Guiado por el interrogante: cómo ha podido la gran burguesía mantener por más de cien años su condición de clase dominante sin tener necesidad de convertirse en dirigente, el autor presenta el modelo de *hegemonía compartida*, estrategia que permite comprender la combinación de aspiraciones de cambio por parte de los sectores nuevos que luchan por la dirección política pero ubicados dentro del orden socioeconómico existente (destacando a la burguesía media agraria), y la continuidad y consolidación de la gran burguesía terrateniente. Así, la lucha entre radicales y conservadores no superará la arena política.

Por su parte, S. Marchese ("Empresarios en búsqueda de un espacio político. La CACIP: realidad interna y rumbos externos"), nos muestra cómo los dirigentes de la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (entidad que nace en 1916) proponen al nuevo gobierno radical compartir el derecho a la toma de las grandes decisiones, pretensión que consideran legítima por su privilegiado conocimiento de la realidad económica local, estrategia que tiene que colocarse en el marco de los cambios producidos a nivel interno e internacional. Con el fin de la primera guerra, en el ámbito internacional sobresale el accionar de la Chambre de Commerce Internationale, cuyas propuestas serán consideradas por la Sociedad de Naciones.

Cerrando la primera parte de la obra, O. Favaro y M. Morinelli ("La cuestión regional en la política argentina: conflictos y alianzas, 1880-1930") analizan la situación de Salta y Jujuy, sobre todo a partir de la extensión del ferrocarril y sus efectos sobre la producción salteña que entra en una etapa de debilitamiento al ir perdiendo posiciones frente a la

producción proveniente del área chilena y del litoral argentino, quedando como casi única alternativa la exportación ganadera. En esta situación el petróleo aparecerá como alternativa a la tradicional base de acumulación. La definición acerca de a cuál de los Estados -provincial o nacional- le corresponde su control, será la disputa que tendrá su cierre en la década del 30 en el marco de una redefinición de la alianza burguesa nacional.

La segunda parte, *el debate industrialista*, la inicia A. Jáuregui ("El despegue de los industriales argentinos") aclarando la existencia de una dependencia del sector industrial respecto del agropecuario que no significa mimesis. El lento camino de formación de una identidad propia del sector (en el que lo étnico tendrá un rol importante), irá provocando un despegue de los industriales. Evidencia esto el desarrollo de un corporativismo gremial, a partir de la década del 10, sobre todo a través de la UIA, entidad que con mayor nitidez impulsará la industria por sustitución de importaciones desde los años 20, momento que coincide con el aumento de afiliados a la institución en los que prevalecen los productores industriales de bienes para el consumo interno. Dos ejes tendrá la relación UIA/gobiernos radicales: la cuestión cambiaria y la cuestión aduanera. Jáuregui aborda además el rol desempeñado por la CACIP, en la que predominan sectores exportadores y financieros, y por la Asociación de Trabajo, institución patronal antisindical.

Por su parte, J. Villarruel ("El futuro como incertidumbre: los industrialistas y la tutela del Estado") reconstruye cómo, contemporáneamente a la expansión de la inversión y de la producción industrial, se desarrolló un importante debate sobre el futuro de la economía nacional, preocupación compartida por la UIA, la CACIP, el grupo de intelectuales y empresarios vinculados a A. Bunge y ciertos funcionarios de la administración Alvear, como T. Le Bretón. El análisis de las opiniones vertidas por los actores permite observar los límites detectados al modelo agroexportador basado en las ventajas comparativas, señalándose una crítica al librecomercio, la defensa del proteccionismo aduanero y el nacionalismo industrial. Se agrega -como condición de cambio- el necesario incremento de mano de obra ocupada pero alcanzada por un progreso en su capacitación y calidad de vida; esto fortalecería la producción, y al mercado interno como espacio de consumo de productos industriales y agroindustriales elaborados en el país.

Completa esta segunda parte G. Swiderski ("La UIA: ¿sustitución de importaciones o mercado externo?"). El autor analiza la orientación de un sector del empresariado local frente a la política estatal vinculada al proceso de expansión industrial entre 1938 y 1943. Finalizando los años 30 la retracción del comercio internacional impacta a nivel interno; los industriales consideran necesaria la defensa del contrato libre y la supresión de toda legislación que perjudique los costos de producción. Así la UIA frenaba la acción dirigista estatal. Esta estrategia fue relevada al agudizarse los efectos del conflicto bélico; ahora era necesaria la política social como pilar del aumento de la productividad y del consumo interno. Este planteo estuvo acompañado desde 1942 por un discurso nacionalista -emitido por un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas- que reclamaba la autarquía y la disminución del comercio exterior para reducir la dependencia.

La tercera y última parte del libro, *el intervencionismo social*, la inauguran R. Bitrán y A. Schneider ("Coerción y consenso: la política obrera de Manuel Fresco, 1936-1940."). Los autores analizan los factores que evidencian el intento de construir -a partir de la política obrera del gobernador bonaerense- una nueva relación entre la clase dominante y las subalternas; y, más profundamente, una diferente vinculación entre sociedad y Estado en el marco de continuidad de la praxis política conservadora de la que el fraude electoral es

un elemento constitutivo. La gestión de Fresco busca erigir un poder político fortalecido por el acuerdo de intereses de los distintos grupos sociales organizados bajo el férreo control del Estado, lo que permitiría -en su visión- el desarrollo armónico del orden social, garantizado por un Estado preparado para intervenir coercitivamente cuando los "valores de la Nación" estén en peligro, por ejemplo frente a las actividades de sindicatos sin personería oficial otorgada. La clase obrera obtendría sus legítimos beneficios sólo bajo la protección del Estado, circunstancia en la que mediarían el Departamento de Trabajo y los convenios colectivos.

Finalmente, A. Piñeiro ("El radicalismo social moderno: *Hechos e Ideas*, 1935-1941") analiza los escritos publicados en la revista radical que operó como instrumento para la difusión y discusión del pensamiento partidario. La aparición de la publicación coincide con el debate interno sostenido entre los partidarios de un radicalismo político tradicional y los proclives a un radicalismo social moderno. Entre los fundamentos ideológicos que sostenían a ese "radicalismo social", se destacan los aportes del economista alemán A. Wagner que intentó conciliar al liberalismo con el socialismo mediante lo que llamó "socialismo de Estado". El Estado remediaría los males propios de la economía capitalista al garantizar una mayor equidad en la distribución de la riqueza y romper la alianza capital monopólico/oligarquía latifundista. El objetivo redistribucionista enfriaría las tensiones sociales e incentivaría el mercado interno.

Argentina en la paz de dos guerras es en su conjunto una obra sumamente valiosa, y más allá de las disparidades siempre posibles en volúmenes colectivos, ilumina mejor la época al detenerse especialmente en los conos de sombras más resistentes, hasta ahora, para nuestra historiografía. En esta operación se destacan la oportuna combinación de cuestiones teóricas e históricas, y el enriquecimiento de la agenda temática con la incorporación de ángulos de análisis muchas veces ignorados. Nos referimos tanto al redimensionamiento de los alcances del sistema político a partir, por ejemplo, de la cuestión regional, como a la consideración de actores sociales cuya participación en el mundo de la política no suele considerarse por no estar confesada explícitamente. Todo ello desde una periodización que el mismo tratamiento de la obra legítima como apropiada. No se trata de disimular la importancia de la crisis del 30, pero el período 1914-1945 permite detectar, desde otros ángulos, las líneas de continuidad y ruptura que en enfoques que destacan el corte de la crisis económica internacional resultan más difíciles de percibir.

Bernardo Carrizo

***Breve Historia Contemporánea de Argentina*; de Luis Alberto Romero,
Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994.**

Es fácil coincidir en que en estos más de diez años transcurridos de estabilidad institucional, la historiografía argentina ha vivido una notable renovación temática y metodológica, paralela a la consolidación del campo profesional y a pesar de los duros condicionantes de la política estatal sobre todo en el último quinquenio. No es tan fácil sin embargo coincidir en los significados atribuibles a esta renovación. Así, si para muchos de sus miembros la consolidación del campo profesional de acuerdo a cánones reconocidos internacionalmente es un punto de llegada que podría justificar una mirada conformista, para otros sólo se trata de un punto de partida, imprescindible pero no suficiente, a la hora de analizar críticamente el camino recorrido y por recorrer.

Es precisamente en este sector donde gana urgencia en los últimos años la pregunta por el impacto social de las tareas del historiador, y se puntualiza en un doble interrogante que explica esta urgencia: ¿quiénes escriben la historia que los argentinos que no hacen de la Historia su profesión leen y asumen como propia? ¿Es posible recuperar para los miembros del renovado campo profesional la mediación entre el pasado y la sociedad sin sacrificar los matices que la disciplina ha sabido ganar paso a paso en estos años?

En el lugar que esta duda supo construir, es justo inscribir la *Breve Historia Contemporánea de Argentina*, con la que Luis Alberto Romero contesta afirmativamente a la última pregunta que él mismo contribuyera en su momento a formular.

Aun un conocedor superficial de los itinerarios intelectuales del autor no debería sorprenderse por la producción de la obra que nos ocupa. No es la primera vez que Romero se preocupa por brindar una visión de conjunto del proceso histórico argentino. El mismo recuerda el trabajo realizado con Rofman hace ya más de veinte años, pero sólo para señalarnos la poca utilidad de aquel texto para su horizonte contemporáneo, cargado con interrogantes y preocupaciones entonces no advertidos o dejados de lado por irrelevantes.

La intencionalidad actual es bien distinta de aquella de los setenta, pero también de obras recientes que, reconstruyendo el proceso histórico argentino desde los orígenes coloniales, no logran escapar a las sobredeterminaciones que sacrifican la complejidad y la riqueza de matices del proceso histórico en nombre de una explicación fuerte, sino única. "En esta exposición sintética de la historia de la Argentina en el siglo XX [nos dice Romero] no me he propuesto -como suele ser común en este tipo de libros- ni probar una tesis ni tampoco encontrar aquella causa única y eficiente de un destino nacional singular y poco afortunado; sólo se trata de reconstruir la historia, compleja, contradictoria e irreductible..." (pág. 9).

Si no se trata de probar una tesis ni de encontrar aquella causa única del destino nacional, el problema central es diseñar los senderos que encaucen el relato y lo doten de significación. Con ese norte, nuestro autor construye su lugar de indagación desde la problemática de la Argentina actual traducida en inquietudes, por la sociedad y por la democracia, que remiten a Alberdi y Sarmiento y al diálogo que los unió y separó en la competencia por definir el sentido de la invención de la Argentina. En clave sarmientina, estas inquietudes son presentadas en una mirada unitaria que se arboriza para interrogar mejor: por la igualdad y la solidaridad, que caracterizaron a una sociedad abierta y móvil; por el sistema político y "el sentido social" de la democracia; y por el "destino del sistema

republicano y de la tradición que lo alimenta".

Desde este punto de partida, Romero establece su diálogo con el pasado, con la economía, con el Estado, con la sociedad y con la cultura. Deteniéndose en esos distintos aspectos de la "realidad histórica", pero sobre todo en los nexos que los interrelacionan en una trama común, y atendiendo cuidadosamente los problemas específicos de la escritura, Romero va construyendo una historia desde Yrigoyen a Menem, desde el ocaso del sistema oligárquico precipitado por la constitución de la democracia electoral, hasta una frontera inconclusa que dialoga con nuestro presente.

Si en una primera imagen la cronología política prima en la organización de los distintos capítulos del libro, advertimos enseguida cuán engañoso puede resultar conformarnos con esta apreciación. Porque las preguntas que Romero tiene para indagar ese pasado generan otros órdenes, que atraviesan los diferentes capítulos y justifican incluso ciertos matices en la periodización. Verdaderos indicios de las preocupaciones del autor, que permiten una lectura entrelíneas a través de esos senderos que esquivan las determinaciones y los cortes de la historia política y le dan a la obra una armonía especial.

Y cuáles son esos senderos construidos por Romero? Aquí sólo indicaremos uno, que ordenará estas líneas, y que -más allá de la arbitrariedad del comentarista- nos es sugerido por el mismo Romero en esas sutiles marcas que balizan el texto. El que rastrea en nuestro pasado el proceso de constitución (y reconstitución) de la ciudadanía política y social, no para constatar simplemente las singularidades del caso argentino frente al paradigma marshalliano, sino para bucear allí las tramas culturales que alimentaban (y alimentan) un desarrollo democrático o autoritario de la sociedad y el sistema político.

Porque esta preocupación lo guía Romero elige "1916" como fecha símbolo para titular el primer capítulo. Título engañoso, en tanto Romero se sitúa en el momento de asunción de Yrigoyen a la presidencia sólo para rastrear desde ahí -y rápidamente-, "la construcción" de esa Argentina cuyos datos dan contenido a las décadas finales del siglo pasado y los primeros años de éste. Por qué entonces 1916. Precisamente porque la fuerza simbólica de la fecha es contribuyente de ese sendero especial con el que nuestro autor recorrerá todo el proceso histórico. Momento excepcional. El proceso de constitución de la ciudadanía política, impulsado por la reforma del 12, impacta en el Estado como resultado del proceso electoral que ha dado el triunfo al radicalismo, y encuentra en ese acto la expresión simbólica que une al ciudadano con el poder estatal en la imagen de esa muchedumbre impulsando la carroza presidencial hacia el centro indiscutido del poder político: la Casa Rosada.

Esta figura del ciudadano convocada por Romero no se agota en el Estado. Por el contrario, remite al desarrollo de una sociedad abierta y a la producción simbólica con la que esa sociedad se da sentido a sí misma. Formas de vida y actitudes y valores de una sociedad en la que la democratización completa el proceso expansivo y afirma la tendencia integrativa, tempranamente insinuada en la constitución de la ciudadanía civil y que se expande ahora al mundo político acercando el horizonte -puesto en el futuro por Alberdi, reclamado por Sarmiento- de la *república verdadera*.

Nuestro autor se aleja así de una visión estatista, y encuentra su mejor tono cuando se desliza hacia el universo de la cultura entrelazando el proceso de movilidad social y la aspiración al ascenso individual, la expansión de la cultura letrada y el reformismo universitario, y el mundo intelectual y artístico y el de los medios de comunicación, con las distintas formas en las que se despliega una tradición política progresista y democrática

y, a la vez, la reacción antiliberal y autoritaria que la acompaña, paso a paso, y no siempre por cauces claramente separados. Ya en el capítulo dedicado al radicalismo, Romero presenta esta preocupación por capturar los itinerarios de ese universo tan esquivo que lo acompañará a lo largo del libro.

Desde ese lugar nuestro autor establecerá un rico diálogo con su padre. Si, como señaló José Luis Romero, uno de los elementos constitutivos de la sociedad argentina moderna fue la *ideología de la movilidad social*, emergente de una Argentina expansiva y fuertemente integrativa, que combinaba movilidad, solidaridad y justicia; desde el horizonte de los días actuales, que devuelve un paisaje bien distinto de la Argentina, a Luis Alberto Romero le interesa el por qué fue desapareciendo de nuestra sociedad esa combinación, fruto de un pasado más próspero, y el impacto de esta sostenida decadencia en el campo de las configuraciones político-culturales.

Ese sendero del ciudadano califica la indagación de nuestro pasado y la interpelación a los distintos periodos y, a la vez, insinúa las líneas de continuidad y ruptura del proceso de democratización social, de constitución de esa sociedad expansiva que ingenuamente podía considerarse un rasgo "natural" de la Argentina.

Desde esta óptica, en la presentación de los gobiernos radicales Romero pone especial énfasis en destacar un problema cuya significación ha pasado a ser relevante en esta última década: los problemas de la tradición republicana, de la relación poder ejecutivo/parlamento, del sistema de partidos, de esa tendencia, en fin, del radicalismo yrigoyenista a confundirse con la nación hasta negar la entidad de todo otro que quedara fuera de su campo de determinación y control. La línea de falla de aquel radicalismo no se sitúa en no haberse decidido por un camino de innovaciones profundas en el plano socioeconómico para el que no se sentía llamado, sino, precisamente, en la inviabilidad republicana de una modalidad de hacer política que le gustaba acudir al paradigma republicano para cargar de legitimidad a su misión redentora. "...mientras el radicalismo y su caudillo hacían una contribución sustancial a la incorporación ciudadana a la vida política -en un estilo tradicional y moderno a la vez- fallaban no sólo en el afianzamiento sino en la puesta en valor ante la ciudadanía del sistema institucional democrático" (pág. 78).

En esta línea de análisis es imposible exagerar la importancia del peronismo. El Estado peronista amplía el proceso de democratización social, con "la brusca incorporación de los sectores populares a ámbitos visibles anteriormente vedados" (pág. 158) y, en fin, al ejercicio pleno de "una ciudadanía social que nació íntimamente fusionada con la política" (pág. 159). Romero se interroga entonces sobre las peculiaridades de esta expansión democratizadora. "...si el peronismo segó sistemáticamente los ámbitos de participación autónoma....y tuvo una tendencia a penetrar y 'peronizar' cualquier espacio de la sociedad civil, no es menos cierto que encarnó y concretó un vigorosísimo movimiento democratizador, que aseguró los derechos políticos y sociales de vastos sectores hasta entonces al margen....Los conceptos más tradicionales de democracia no alcanzan a dar cuenta de esta forma, muy moderna, de democracia de masas. Esta singular forma de democracia se constituía desde el Estado" (págs. 153-154).

En la relación entre el Estado peronista y los sectores subalternos, en especial los trabajadores, "la combinación entre lo conseguido y lo concedido" (pág. 145) permite apreciar las conquistas sociales logradas por estos sectores incorporados al pacto estatal, pero también la pérdida de autonomía y espontaneidad de ese avance secular de la

democratización que el peronismo venía, paradójicamente, a confirmar y negar a la vez.

El peronismo continuaba así la ya larga tradición democratizadora de la sociedad argentina. Aquí Luis Alberto Romero retoma una idea muy fuerte de José Luis Romero para precisar la singularidad del peronismo: "La acción del Estado no sustituía la clásica aventura individual del ascenso, sino que aportaba el empujón inicial, la eliminación de los obstáculos más gruesos, para que los mecanismos tradicionales pudieran empezar a funcionar. La justicia social venía a completar así el proceso secular de integración de la sociedad argentina, y la identidad que se constituyó en torno de ella fue a la vez obrera e integrativa" (págs. 159-160). Consecuentemente, para nuestro autor la conflictividad propia del peronismo, que desde su emergencia escinde a la sociedad en dos bloques antagónicos, no responde tanto a una matriz social como cultural: "dos configuraciones culturales antagónicas y excluyentes, que se negaron mutuamente pero que compitieron por la significación de un campo común" (pág. 163), ya que "el peronismo no se apoyó en un modelo cultural diferente del establecido sino en una manera diferente y más amplia de apropiarse de él, de participar en algo juzgado valioso y ajeno" (pág. 162).

En la Argentina posperonista "fuerzas poderosas impulsaban la expansión y la homogeneización del consumo: la producción en masa, la propaganda, las técnicas del *marketing*, pero también tendencias más profundas a la democratización de las relaciones sociales y al acceso generalizado a bienes tradicionalmente considerados como propios de las clases altas" (pág. 216). El dinamismo de los cambios en la sociedad ahonda la brecha con lo específicamente estatal demorado en su imposibilidad de resolver la 'cuestión peronista', y pone de relieve "un conflicto entre la modernización y la democracia, una dificultad para conciliar las dos exigencias principales del mundo de la posguerra" (pág. 183). Si esta modernización de la sociedad impulsa una renovación cultural sin precedentes que encuentra en la Universidad un centro privilegiado, no menos evidente resulta para nuestro autor que, en otros aspectos, "la realidad nacional no hacía sino mostrar la superficialidad de los cambios, así como el vigor de las resistencias que esos cambios despertaban en la sociedad tradicional". (pág. 222)

Paralelamente desde el universo de lo político, tan densamente marcado por la exclusión peronista, certidumbres no nuevas ganaban adeptos en los más diversos campos. De estas certidumbres que se incorporaban más y más a las imágenes con las que la sociedad se pensaba a sí misma, Romero destaca una que le resulta central para el futuro: "Nada estaba definido en 1966, salvo el rechazo cada vez más categórico de la tradición liberal y democrática" (págs. 225-226).

Si el avance de esa sociedad expansiva puede constatarse a lo largo de la mayor parte del siglo XX, no es menos evidente que el mismo se ha quebrado en las últimas décadas aunque sea difícil determinar un punto de inflexión. En el tratamiento del período 1966-76 (que reúne a la "Revolución Argentina" y el último gobierno de Perón) Romero pone el acento en esa verdadera "primavera de los pueblos" en los que la sociedad parece atreverse a reinventarse a sí misma: la emergencia, el apogeo y la crisis final de un proceso de movilización social, que tiene su disparador en los acontecimientos del Cordobazo, pero que viene a poner en acción, con mezclas por momentos impredecibles, tradiciones políticas y culturales activadas por el cierre que el Onganía impone a la sociedad. Si ese cuestionamiento cada vez más global a la autoridad, a todo tipo de autoridad, que caracteriza a esa primavera de los pueblos, puede inscribirse como uno de los desarrollos posibles de esa secular expansión democratizadora de la sociedad; detrás de la trama, y

especialmente en el gobierno peronista, Romero destaca con claridad las debilidades destinadas a tener mayor peso en el rumbo de ese proceso. Pero es en lo que vendrá, en la excepcionalidad de la dictadura del "Proceso", donde el parteaguas con aquella Argentina alcanza rasgos definitivos.

Cuáles son los rasgos más visibles de esa excepcionalidad de la dictadura inaugurada por Videla? Romero no duda en responder por el terrorismo de Estado: "el genocidio", que alcanza formas institucionales más maduras (si vale la expresión) con el derrocamiento de Isabel, pero cuyo inicio Romero sitúa en el trágico año final de la experiencia peronista: "Desde febrero de 1975, el ejército, convocado por la presidenta, asumió la tarea de reprimir la guerrilla en Tucumán. El genocidio estaba en marcha" (pág. 281). El restablecer el orden frente al caos imperante era la justificación nada excepcional del golpe; pero esta vez "la propuesta de los militares.....iba más allá: consistía en eliminar de raíz el problema que en su diagnóstico se encontraba en la sociedad misma y en la naturaleza irresoluta de sus conflictos." Lo que entonces se puso en marcha fue "una operación integral de represión cuidadosamente planeada por la conducción de las tres armas....." (pág. 283). En otro aspecto perc en el mismo sentido, frente a esa sociedad enferma ".....una solución de largo plazo debía cambiar los datos básicos de la economía y así modificar esa configuración social y política crónicamente inestable" (pág. 290).

Si el resultado de la dura descripción del Estado terrorista, aunque conocida, sigue impactando al lector, Romero insiste en mirar desde ese otro lugar privilegiado a lo largo del texto. Ese lugar del ciudadano es ahora una ausencia, que se constata en dos rasgos notables de esa sociedad: "una suerte de asunción e internalización de la acción estatal, traducida en el propio control, en la autocensura, en la vigilancia del vecino. La sociedad se patrulló a sí misma..." (pág. 289); y en la fiebre especulativa que ganó a sectores importantes de la población (pág. 294).

Este proceso de internalización bifronte en la sociedad, es de vital importancia para el análisis del último capítulo (1983-93) y el epílogo. El optimismo del protagonista parece ganar por momentos a nuestro autor frente al triunfo de Alfonsín (pág. 329-330) y los cambios que se precipitan en el Estado; pero la mirada del historiador equilibra rápidamente al advertirnos sobre las fragilidades de la "ilusión democrática". Si el dilema de Alfonsín entre la opción republicana y la opción plebiscitaria, resume con claridad los dilemas del Estado y la sociedad en la primavera de la transición democrática, el fin de la ilusión, "quebrada hacia 1987" (pág. 386), deja paso a una etapa caracterizada por la ausencia de todo dilema: "El liberalismo ha impuesto en la opinión no sólo sus propuestas sino la misma agenda de problemas" (pág. 383).

Es la misma trama de la escritura -y del proceso histórico narrado- lo que vuelve "natural" el fuerte pesimismo con el que Romero plantea sus dudas finales a propósito de la realidad contemporánea. Si la ampliación de la ciudadanía ha sido a lo largo de la historia argentina una de las formas de mentar a esa sociedad expansiva abierta y móvil que la contenía y promovía; la derrota del ciudadano ante el avance de otras figuras hoy predominantes (compradores o vendedores, usuarios o contribuyentes), explica que nuestro autor encuentre sobrados motivos para que al pesimismo de la inteligencia se le sume también el del corazón.